

Por qué los católicos hacen la señal de la cruz

Seis formas olvidadas en las que hacer la antigua señal abre a los católicos a gracias que transforman la vida.

Por Bert Ghezzi OSV Newsweekly 3/14/2012

Solía hacer la señal de la cruz de forma informal como un gesto amable para comenzar y terminar mis oraciones. Pero hace una década, probablemente impulsado por el Espíritu Santo, lo tomé más en serio.

Comencé a persignarme con más frecuencia con fe y reverencia. No le di mucha importancia, pero después de un año noté que mi vida cristiana parecía mejorar notablemente. Rezaba con más pasión, resistía mis malas inclinaciones con mayor eficacia y me relacionaba con los demás con más amabilidad. Cuando me pregunté qué había producido estos resultados positivos, decidí que lo único que hacía diferente era rezar la señal de la cruz con más fervor. Bastante bien, pensé, por el simple hecho de persignarme con reverencia, y comprendí que la señal de la cruz no es solo un gesto piadoso. Es una oración poderosa. Así que estudié sobre ella en las Escrituras, los Padres de la Iglesia y los santos, y la doctrina católica.

En mi estudio, descubrí seis perspectivas sobre la señal de la cruz que revelaron por qué hacerla nos abre a gracias que transforman la vida. Las comparto aquí, con la confianza de que, una vez que las comprendan, harán el gesto con más fe y experimentarán sus grandes bendiciones.

1. Mini-credo

La señal de la cruz es una profesión de fe en Dios tal como se reveló. Sirve como una forma abreviada del Credo de los Apóstoles. Al tocarnos la frente, el pecho y los hombros, declaramos nuestra creencia en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Anunciamos nuestra fe en lo que Dios ha hecho: la creación de todas las cosas, la redención de la humanidad del pecado y la muerte, y el establecimiento de la Iglesia, que ofrece nueva vida a todos. Al persignarnos, nos hacemos conscientes de la presencia de Dios y nos abrimos a su acción en nuestras vidas. Eso sería suficiente, ¿no? Pero hay mucho más.

2. Renovación del bautismo

Los cristianos del primer siglo comenzaron a persignarse como recordatorio y renovación de lo que les sucedió al ser bautizados. Sigue funcionando de la misma manera para nosotros. Al persignarnos, declaramos que en el bautismo morimos sacramentalmente con Cristo en la cruz y resucitamos a una nueva vida con él (ver Romanos 6:3-4 y Gálatas 2:20). Pedimos al Señor que renueve en nosotros esas gracias bautismales. También reconocemos que el bautismo nos unió al cuerpo de Cristo y nos capacitó para colaborar con el Señor en su obra de rescatar a todas las personas del pecado y la muerte.

3. Marca del discipulado

En el bautismo, el Señor nos reclamó como suyos al marcarnos con la señal de la cruz. Ahora, al santiguarnos, afirmamos nuestra lealtad a él. Al trazar la cruz en nuestro cuerpo, negamos pertenecernos a nosotros mismos y declaramos que solo le pertenecemos a él (cf. Lc 9,23). Los Padres de la Iglesia usaron la misma palabra para la señal de la cruz que el mundo antiguo empleaba para indicar propiedad. La misma palabra designaba la marca de un pastor en sus ovejas, el tatuaje de un general en sus soldados, la marca de un amo de casa en sus sirvientes y la marca del Señor en sus discípulos. Así, al santiguarnos reconocemos que somos ovejas de Cristo y podemos contar con su cuidado; sus soldados, comisionados para trabajar con él en el avance de su reino en la tierra; y sus siervos, dedicados a hacer lo que él nos diga.

4. Aceptación del sufrimiento

Jesús nos prometió que el sufrimiento sería parte normal de la vida de un discípulo (cf. Lc 9,23). Por eso, al marcar nuestro cuerpo con la señal, aceptamos cualquier dolor que surja como consecuencia de nuestra fe en Cristo. Hacer la señal es «tomar la cruz y seguirlo» (Lc 9,23). Pero al mismo tiempo nos reconforta saber que Jesús, quien sufrió la crucifixión por nosotros, ahora se une a nuestro sufrimiento y nos apoya. Marcarnos también anuncia otra verdad significativa: con san Pablo, celebramos que nuestras aflicciones como miembros del cuerpo de Cristo contribuyen a la obra salvífica del Señor de perfeccionar la Iglesia en santidad (cf. Col 1,24).

5. Muévete contra el diablo

Cuando el diablo envió a Jesús a la cruz, creyó erróneamente haber obtenido una gran victoria. En cambio, el Señor lo sorprendió con una derrota ignominiosa (véase 1 Corintios 2:8). Desde la primera mañana de Pascua hasta el presente, la señal de la cruz hace que el diablo se acobarde y huya. Así que, por un lado, hacer la señal es una acción defensiva que declara nuestra inviolabilidad ante la influencia del diablo. Pero, aún más importante, la señal es también un arma ofensiva que nos ayuda a recuperar con Cristo todo lo que Satanás perdió en la cruz. Anuncia nuestra cooperación con él en el avance indomable del reino de Dios contra el reino de las tinieblas.

6. Victoria sobre la carne

En el Nuevo Testamento, la palabra carne resume todas las malas inclinaciones de nuestra vieja naturaleza que persisten en nosotros incluso después de morir con Cristo en el bautismo (véase Gálatas 5:16-22). Hacer la señal de la cruz expresa nuestra decisión de crucificar estos deseos de la carne y vivir según el Espíritu. Como quitarse una camisa o blusa sucia, hacer la señal indica que nos despojamos de nuestras malas inclinaciones y nos revestimos con las conductas de Cristo (véase Colosenses 3:5-15).

Los Padres de la Iglesia enseñaron que la Señal de la Cruz disipaba la fuerza de tentaciones poderosas como la ira y la lujuria.

Así que, no importa cuán fuertemente seamos tentados, podemos usar la Señal de la Cruz para activar nuestra libertad en Cristo y vencer incluso nuestros pecados que nos acosan.

Fichajes

Los invito ahora mismo a grabar en su corazón estas seis verdades sobre la señal de la cruz haciéndola conmigo seis veces, aplicando cada vez una de las perspectivas.

Primero, persignémonos profesando nuestra fe en Dios.

Segundo, persignémonos recordando que morimos con Cristo en el bautismo.

Tercero, persignémonos para declarar que pertenecemos a Cristo y que le obedeceremos.

Cuarto, persignémonos para aceptar cualquier sufrimiento que venga y celebrar nuestro sufrimiento con Cristo por la Iglesia.

Quinto, persignémonos como defensa contra el diablo y como avance ofensivo del reino de Dios contra él.

Sexto, persignémonos para crucificar nuestra carne y revestirnos de Cristo y sus acciones.

A menudo repaso estas persignaciones en mi oración matutina y les recomiendo que lo intenten también.

Bert Ghezzi es autor de numerosos libros, entre ellos “The Sign of the Cross: Recovering the Power of the Ancient Prayer” (Loyola Press, \$9.99).